



LIBRO TERCERO

DEL DESAMPARO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LAS PREVIAS DISPOSICIONES PARA LA CONTEMPLACIÓN

DISPOSICIÓN es una cualidad que prepara el sujeto para recibir ó conservar una forma. Entre las disposiciones, unas son naturales, otras morales. El octavo grado del calor es una disposición que naturalmente introduce y conserva la forma del fuego. Entre las disposiciones morales, hay unas que son *de condigno*, otras *de congruo*. La gracia habitual final es una disposición á que se debe la gloria. El acto de contrición sobrenatural, juntamente con la gracia actual de donde procede, son

disposiciones morales *de congruo*, en orden á la primera gracia habitual justificante, que no se debe al hombre contrito, de justicia, sino por la congruencia de la divina misericordia. De esta manera, el desamparo y otras penalidades que padece un alma santa serán disposiciones *de congruo*, y no *de condigno*, en orden á la contemplación.

Todas las gracias *gratis datas*, como son don de profecía, don de hacer milagros y don de contemplación, se pueden dar en una de las dos maneras, ó por privilegio; y entonces, que esté dispuesta el alma, ó que esté indispuesta, poco importa, porque esta gracia entonces más depende de la voluntad divina que de la disposición humana; pero los dones que se reciben de esta manera, ó no duran, ó son peligrosos para los que los reciben. De otra manera se dan estos dones sobrenaturales, después que el alma está bien dispuesta, con largo ejercicio de virtudes, con mucha pureza de vida, intención y costumbres, y últimamente con un grado heroico de la gracia habitual que se llama santidad y amistad de Dios, y en tales almas suele ser esta gracia de contemplación perma-

manente y segura. Y como la luz corporal resplandece mejor en los cuerpos puros, diáfanos y transparentes, como son el aire, agua, vidrio y cristal, así también la contemplación, como en parte es luz intelectual, pide un alma purísima en los pensamientos, palabras, deseos é intención; pide las pasiones, ó muertas ó mortificadas; pide un cuerpo martirizado con ayunos y vigiliias, exhausto á veces con achaques y enfermedades; pide las potencias sensitivas muy despegadas de sus objetos, esto es, de lo superfluo. Pide un entendimiento desocupado de discursos curiosos; pide una voluntad desinteresada y desnuda de sus afectos; pide una grande abnegación de sus querer y placeres, aunque sea en cosas licitas y espirituales; finalmente, pide un hombre callado, retirado, penitente, abstinent y pobre; y tras todas estas disposiciones morales *de congruo*, muy bien viene la contemplación, y suele ser permanente, excelente y realzada.



CAPÍTULO II

DEL DESAMPARO EN COMÚN

LA vida espiritual tiene dos partes que se unen entre sí como cuerpo y alma. Lo suave de la oración con todos sus favores, regalos, ternuras y dulzuras, son cómo el alma. Lo amargo de la mortificación y del desamparo, que incluye en sí todas las penalidades, penitencias, tentaciones y persecuciones de un varón espiritual, son como el cuerpo. Y como sola el alma, ó solo el cuerpo, si no están entre sí unidos, no constituyen al hombre, así también sola la dulzura de la oración y sola la amargura de la mortificación, si no se unen entre sí, no hacen un varón espiritual. Hay algunos principiantes sin mucha virtud y santidad que, por privilegio, tienen en la oración mental ó vocal mucha dulzura y suavidad, y, con todo eso, éstos propiamente no son varones espirituales. Los forzados á galeras padecen más penalidades exteriores é interiores que el varón más espiritual y retirado; pero como este padecer no es por Dios, ni se ordena al trato interior, esos tales no se pueden llamar varones espiri-

tuales. Aquí, pues, hablamos de la tribulación, cuya amargura, por disposición divina, se refiere intrinsecamente á la dulzura de la contemplación. En este paso, á veces está el cuerpo quebrantado con dolores, oprimido con achaques, deshecho con vigiliias, ayunos y penitencias. La honra recibe sus menguas con testimonios, calumnias y oprobios. La voluntad propia y el propio juicio se quebrantan y abniegan. El espíritu está atribulado; la imaginación á veces está mortificada, y á veces está inquieta, desenvuelta y desenfrenada. El entendimiento está ciego, obscuro y violentado. La voluntad está tibia, flaca y desabrida. Las tentaciones suelen ser entonces fuertes y vehementes; las pasiones, bravas, desenvueltas y sobresalientes; Dios con su gracia se nos suele esconder; la naturaleza, por ver su flaqueza, se suele desmayar; el demonio con su malicia se enfurece, falta el consejo, obscurécese la razón, los amigos desamparan, las criaturas enfadan, los sacramentos no consuelan, la oración con sus batallas nos aflige, espanta y atormenta; y así suele Dios disponer á algunas almas que tiene predestinadas para lo supremo de la contemplación.

Y si Jesús, Capitán General de los varones espirituales y crucificados, en llegando á lo último del desamparo, no del modo que aquí lo pintamos, sino de la manera que fué capaz su santísima Humanidad, dió tan grandes muestras de su sentimiento, como fueron sudar sangre y dar voces á su Eterno Padre, preguntándole por qué le había desamparado en la cruz; no se espante nadie cuando viere algunas personas espirituales, después de largos años de oración, puestos en este paso gimiendo y llorando como niños, mendigando algún consuelo de las criaturas; que éstos harto hacen en vivir puestos en tal agonía. Rarísimos son los que llegan á beber este cáliz hasta las heces; pero ya encontré yo algunos que, después de esta amarguísima disposición, subieron á gozar lo más puro, dulce y suave de la contemplación.



CAPÍTULO III

DEL DESAMPARO DE LA IMAGINACIÓN
Y DE LAS OTRAS POTENCIAS SENSITIVAS

No se echa un licor precioso, como es el agua de Angeles, en un vaso in-

mundo, sin que primeramente se purifique con lejías fuertes, que no dejen olor ni sabor del primer licor. Lo mismo pasa en las almas en quienes quiere Dios infundir el licor precioso de la contemplación divina, y más si en tiempos pasados fueron muy pecadores; á éstas purifica con la lejía fuerte del desamparo, que comienza por unas acciones sensitivas y penosísimas, comenzando de ordinario por la imaginación, cuyo desamparo consiste en unas tinieblas afflictivas y obscuridades temerosas, con que da Dios licencia al demonio para afligirla, de tal manera, que imagina todos sus objetos al revés de lo que son. Lo primero, aunque esté en gracia de Dios, aprende fuertemente que está en desgracia. Lo segundo, imagina que Dios está airado y preparado para castigarle. Lo tercero, se le ofrece que la oración y el alma van juntamente perdidas. Lo cuarto, se persuade de que ya no puede ser bueno ni quizá tiene remedio su salvación. Lo quinto, entonces suelen levantarse con grande alboroto representaciones intrincadas y escrupulosas contra la fe, esperanza y caridad, y con la rebelión de la fantasía se alborota el apetito sensitivo,

causando inexplicable tormento y confusión en toda el alma. De la imaginación se deriva esta congojosa batalla, como veneno derramado, á las otras potencias sensitivas externas, pues entonces, hasta el ver cosas hermosas y alegres causa tristeza y escrúpulo. En la cama halla desvelo; en el comer, desgana; en el oír, enfado; en los parientes, desprecio; en los amigos, desdén; y así no hay criatura alguna que no ayude á labrar y purificar esta tan dichosa como afligida alma.

Si entonces se levantan unos tan intrincados como rabiosos escrúpulos en la fantasía, no parece sino que el alma está puesta en algún potro, con un dolor y amargura tan sensible, que de allí se comunica á todos los miembros del cuerpo con dolores vehementísimos metidos en los huesos, nervios y coyunturas, cuyo remedio no consiste en médicos ni medicinas, sino en el alivio de la fatiga interior. Consolaba yo á algunas personas de éstas, y echaba de ver claramente que, al paso que iban recibiendo consuelo interior, se les iban quitando también los dolores exteriores del cuerpo, hasta quedar de todo punto sanos.

CAPÍTULO IV

DEL DESAMPARO Y PURIFICACIÓN
DEL ENTENDIMIENTO Y DE LA VOLUNTAD

LA imaginación es la puerta por donde entra todo lo bueno y lo malo de los sentidos al entendimiento y á la voluntad; y, pues vemos tan grande aflicción en la puerta y zaguán del alma, bien podemos entender que el desamparo de la parte superior incluye en sí mucha amargura y aflicción. Comenzando por el entendimiento, digo que esta potencia está como un sol eclipsado, con una grande obscuridad en la luz intelectual; con éstos los hábitos científicos se esconden, salta el consuelo, el discurso no atina, la prudencia no vale, la experiencia se olvida, la ignorancia reina; las dudas, las sospechas y los escrúpulos, que militan contra la misma razón, son las que se le presentan en cada objeto. Y como una persona metida en una obscura cueva, llena de víboras y alacranes, persuadida que ha de morir á sus manos, vive con suma aflicción, espanto, pavor, temor y sobresalto, de tal manera, que cualquiera cosa que

se mueva allí dentro le parece víbora que le ha de quitar la vida, con lo cual vive en un estado penosísimo; de la misma manera está el entendimiento en este desamparo, pues no tiene movimiento vital interior que no sea como víbora que le emponzoñe.

De aquí sale la artillería más reforzada contra la voluntad; y como esta potencia es la oficina de las virtudes morales, y en donde se rebalsa la suavidad de la contemplación, así entonces se hace la fragua en donde se forja lo más amargo de esta tan espantosa purificación; y aun es como un centro, en donde se juntan las líneas de innumerables trabajos, angustias, tedios, obstinaciones, rabias, tentaciones, furias, fatigas y blasfemias contra Dios y contra los Santos. Estando el alma en esta congoja y batalla, siente correr dentro de sí misma y rebelársele desenfrenadamente sus vicios y pasiones, como si fuesen otros tantos inmundos albañales que espiritualmente la atosigan: el bien le da en rostro; el mal le arrebató el apetito sensitivo, y quiere rendir y avasallar el apetito racional; la razón se acobarda, el libre albedrío se encoge, la gracia se esconde, y, finalmente, todo lo interior del

alma se suele encubrir con un tedioso desmayo, que inexplicablemente le atormenta.

Si á este género de desamparo se añaden unos demonios asistentes, que rodean el cuerpo por defuera, como los tuvieron el Santo Job y San Antonio Abad, sube tan de punto esta congojosa batalla, que bastara á quitarnos la vida, si Dios milagrosamente entonces no nos la conservara, según los temores, dolores, espantos, enfermedades, apariencias y representaciones tremendas y abominables que los demonios asistentes levantan. Pocas almas llegan á este paso; pero por ellas son singularmente escogidas de Dios para recibir lo más suave y sublime de la contemplación.

CAPÍTULO V

DEL DESAMPARO DEL ESPÍRITU, Y CÓMO SE PURIFICA LA SUBSTANCIA DEL ALMA

EL hombre se divide en espíritu, mente y parte inferior. La mente supone por las tres potencias espirituales, memoria, entendimiento y voluntad, en

las cuales se ejercita la oración mental. La parte inferior se toma por todas las potencias sensitivas internas y externas. El espíritu supone por la substancia espiritual del alma; y en este sentido, los ángeles buenos y malos, y las almas separadas, se llaman espíritus. Ya hemos visto cómo se purifica la mente y la porción inferior; veamos ahora cómo se purifica el espíritu.

Esta purificación se hace de una de dos maneras: ó mediante las potencias, ó inmediatamente sin dependencia de ellas; y aunque muchos filósofos digan que el alma no puede obrar vitalmente, sino mediante sus potencias, como instrumentos accidentales realmente distintos de ella; pero como el recibir y padecer sea más fácil que el obrar, los más conceden que el alma puede recibir inmediatamente, según su substancia, y más si viene de Dios lo que se recibe, como se echa de ver en la gracia habitual, que, según la mayor parte de los doctores, se recibe inmediatamente en la substancia del alma.

Las dos potencias del entendimiento y voluntad á veces se llenan tan sobrebundantemente de la amargura

del desamparo, que, como fuente que rebosa por las orillas, deja la tierra circunvecina empapada en humedad que del agua de la fuente se le pegó; así también puede suceder que, rebosando las dos potencias del entendimiento y voluntad en la aflicción de la amargura del desamparo, de allí se derive y comunique según algún efecto suyo á la substancia del alma, con terrible é inexplicable congoja, tormento y apretura de corazón. Y así como una olla á quien aplican demasiado fuego, hirviendo, rebosa y comunica lo que contiene al fuego mismo, así hierven y rebosan tanto las potencias, que despiden de sí una cualidad espiritual que atormenta al alma inexplicablemente. Otras veces da Dios licencia al demonio, como á espíritu superior en fuerzas naturales al alma, para que con cualidades espirituales secretas inmute y atormente inmediatamente la substancia del alma, á la manera que se hace en el fuego del Purgatorio, que, siendo material, se eleva para que produzca una cualidad espiritual inmediatamente en la substancia del alma; y esto no se hace increíble, pues los sacramentos, siendo instrumentos materiales elevados

por Dios, producen la gracia habitual, no en las potencias, sino inmediatamente en la substancia del alma. Y así el demonio, con permisión de Dios, puede producir é imprimir unas cualidades espirituales tan sutiles, fuertes, penetrantes y penosas en las substancia del alma, que causan inexplicablemente un grande dolor y tormento, y difieren de las penas del Infierno en el lugar, duración y causa demeritoria, pero no en el modo de padecer, aunque es temporal.

A un buen teólogo, hombre de lindo juicio y claro entendimiento, y de muy grande santidad, después de haber experimentado en sí este Purgatorio, oí decir que no hallaba otra comparación para explicar este género de tormento sino es considerar un hombre de fuego encajado en un cuerpo de carne muy sensible; ya se ve cuán grande fuera aquel tormento corporal. De esta manera da Dios licencia al demonio de imprimir estas cualidades secretas y espirituales inmediatamente en la substancia del alma, que le causa inexplicable tormento, angustia y melancolia; y sin una gracia milagrosa, ningún hombre podrá sufrir con vida este género de desamparo. Pocos lle-

gan á este paso; pero ellos son dichosos, pues para ellos después se guarda á su tiempo lo más suave y supremo de la contemplación.



CAPÍTULO VI

DEL DESAMPARO DE LA VIDA MIXTA

EL desamparo pasado es más propio del alma retirada en la soledad que no de los contemplativos de la vida mixta, que como varones apostólicos cooperan con la sangre de Cristo, propagando la fe, reformando las costumbres, exhortando la frecuencia de los santos sacramentos; porque á tales suele Dios disponer de otra manera para hacerles capaces del precioso don de la contemplación, los cuales, dejando á Dios por Dios, digo el oficio sabroso por el negocio laborioso de la reducción ó conversión de las almas, se ocupan en escribir buenos libros, explicar en cátedras, disputar contra los herejes, platicar en la plazas, visitar hospitales á todas horas del día: estos tales, aunque tengan algunas veces el desamparo referido, pero su principal

disposición consiste en persecuciones, oprobios é ignominias, cansancio en los caminos, peligros de mar y tierra, falsos testimonios, emulaciones, contradicciones. Por este camino fué San Pablo, le siguieron los Anastasios, Agustinos, Tomases, Buenaventuras, los Ignacios y Javieres, los cuales fueron áncoras de la fe y columnas firmes de la Iglesia católica.

Estos, aunque no tengan la vida tan austera y retirada, ni los vestidos tan viles, rotos ni remendados, por no pedirlo así su instituto y profesión de vida, aunque no tengan tantos ayunos, vigiliias y penitencias como los retirados, que viven para sí solos, por haber menester buenas y competentes fuerzas, para ejercitar bien y como deben lo laborioso de los ministerios que profesan con los prójimos, como son leer, predicar, caminar, etc., aunque se les pegue algún polvo de defectos morales, con el continuo trato que tienen con los pecadores para reducirlos, y aunque no tengan las pasiones tan mortificadas; con todo esto, son tantas las cruces, fatigas, cansancios, oprobios, falsos testimonios y otras aflicciones de cuerpo y alma que toleran, que la contemplación que Dios da como

premio á los muy retirados, después de algún paso del desamparo, la suele comunicar como confortante cordial concommitante, y aun como premio antecedente á estos valerosos capitanes de la vida mixta, porque no es razón que cueste poco lo que mucho vale.

CAPÍTULO VII

LOS TRABAJOS QUE PADECEN LOS QUE
SE OCUPAN EN LA CONVERSIÓN
DE LOS GENTILES

MUCHOS años me ocupó la obediencia en este ministerio de la conversión de los gentiles en una provincia llamada Linaloa, trescientas leguas de Méjico, hacia el Norte, con declinación al Poniente en elevación de veintiocho grados del Polo Artico; y como testigo de vista podré decir con verdad los inmensos trabajos de cuerpo y alma que padecían los primeros varones apostólicos que vi entrar á los gentiles; y esto sin decir nada de los que se ocupan en adoctrinar á los ya convertidos, que es otro género de trabajo más templado con las comodidades temporales, de

que tienen bien pocas aquellos misioneros.

Siendo la tierra tan sumamente caliente, caminaban á todas horas del día y de la noche acompañados de salvajes desnudos, rodeados de fieras, durmiendo en despoblados; la tierra, las más veces servía de cama; la sombra de algún árbol, de casa; la comida, un poco de maíz tostado ó cocido; la bebida, el agua del arroyo que se encuentra; los vestidos eran rotos, pobres, bastos y remendados; pan, carnero, frutas y conservas, jamás se veían sino en los libros escritos; la vida estaba siempre vendida entre hechiceros, que con el pacto que tenían con el demonio nos hacían cruda guerra, predicando el demonio en medio de ellos, en nuestro traje y hábito, lo contrario que nosotros predicábamos de día. A dos religiosos compañeros míos flecharon é hirieron; yo escapé dos veces por los montes, aunque mataron á un mozo mío. A dos religiosos vecinos (que me sucedieron en la gente, aunque no en el puesto y lugar) martirizaron aquellos cuyos párvulos yo bauticé.

Andaban aquellos primeros rotos, despedazados, hambrientos, tristes,

cansados, perseguidos, pasando á nado los ríos más crecidos, á pie montes muy ásperos y encumbrados, por los bosques, valles, breñas, riscos y quebradas, faltando muchas veces lo necesario para la vida humana, cargados de achaques, sin médicos, medicinas, regalos ni amigos; y con todos estos trabajos se servía muy bien á Dios y se convertían muchos gentiles. Sólo el santo mártir, el Padre Santarem, aprendió once lenguas y edificó cincuenta iglesias. Cuando nos juntábamos una vez al año en el lugar preferente, donde estaba el Superior, para darle cuenta del número de los bautizados y de los peligros y sucesos más notables que nos acontecían, ningún año en mi tiempo bajaba el número de los bautizados de cinco mil, y algunos años subía de diez mil; y el año de 1624 quedaban en toda la provincia bautizados arriba de ochenta y dos mil, y después pasaron de ciento veinte mil los bautizados. Verdad es que después entraron unas pestilencias que mataban millares de ellos, y nosotros trabajábamos sumamente con los apestados. Conocí algunos misioneros de éstos, á quienes comunicó Dios altísimos grados de contemplación infusa, y cogían después en su rin-

cón lo que habían sembrado con tanta fatiga en aquellas misiones. A uno de ellos conocí que estuvo tres días y tres noches en un éxtasis; á otros, que estaban cuatro y seis horas gozando de favores celestiales en una altísima contemplación; pero éstos son pocos y soldados veteranos, porque lo muy bueno siempre es muy poco.



CAPÍTULO VIII

VARIOS GÉNEROS DE CRUCES QUE PADECEN
LOS DE LA VIDA MIXTA

Si estas personas son predicadores ó confesores que aprovechan grandemente á los prójimos, permite Dios que tengan alguna imprudencia ó demasiada eficacia, y que prediquen ó aconsejen algo con pura intención que lastime la honra de algún personaje, de donde resulte grande pena y persecución; ó que se deslice en alguna proposición malsonante ó dudosa en la fe y buenas costumbres. Estas cosas les son principios de una amarga cruz, armandose contra ellos las lenguas serpentina de los maldicientes y sus enemigos.

Otras veces la envidia de muchos del mismo oficio, que tienen poco espíritu, se conjuran contra estos varones apostólicos; y por ver que llevan todo el aplauso popular, sus émulos se carcomen y dicen mil males de ellos; lo cual suele ser una cruz muy pesada, mayormente si se les levantan algunos testimonios falsos en materia de pureza, doctrina y costumbres; no hay mayor mortificación que tolerar callando una tan grande sinrazón.

También suele ser muy pesada cruz cuando son reprendidos ó penitenciados en público ó en secreto, privándoles de decir Misa, predicar ó confesar por algún delito grave ó leve, que no cometieron, ó si lo cometieron, no fué con la intención y las circunstancias que sus adversarios ponderaron. Si esta cruz se lleva con perseverancia, es inexplicable la abundancia de la suavidad divina, que después en la contemplación experimentan.

También es cruz bien pesada cuando permite Dios que algunos de estos sus siervos en alguna comunidad sean celosos, impertinentes, acusadores indiscretos, sin obligación forzosa, de sus hermanos; y más si son reformadores de culpas ajenas, que no les to-

can, y en las cuales ellos también caen. Si estos tales son regalones con achaque de necesidad, si son impertinentes y tienen mala condición, á estos tales reprenden los superiores, murmuran los inferiores de ellos, y sus émulos les menosprecian. Estos tales, si no tienen grande conformidad con la voluntad de Dios, vivirán siempre gimiendo y llorando bajo esta tan pesada cruz.

Cuando unos buenos persiguen á otros con mala información y buena intención (como persiguió San Epifanio á San Juan Crisóstomo), esta tal persecución de los buenos suele ser una muy pesada cruz, que como la santidad del perseguidor apoya lo que dice, queda indefensa la inocencia del perseguido.

CAPÍTULO IX

LOS GRANDES PROVECHOS QUE HAY EN EL DESAMPARO

TODO pecado trae consigo dos manchas, una de culpa y otra de pena: la de culpa se expele en género de causa formal con la infusión de la gracia ha-

bitual; pero en género de causa dispositiva se expele con el acto vital sobrenatural, y libre de la contrición ó caridad; ó en género de causa eficiente instrumental, se expele con la abolución sacramental.

Pero la mancha de la pena muchas veces se queda, aunque se quita la culpa; como se echa de ver en el ladrón ú homicida, á quien el confesor absuelve al pie de la horca de la mancha de la culpa, quedando la pena, la cual se paga con la horca. Así digo que en las almas quedan obligaciones de sufrir las penas del Purgatorio, por más que se les haya perdonado la mancha de la culpa. Entra, pues, el desamparo como Purgatorio, limpiando el alma de las manchas de las penas más secretas, haciéndola muy capaz de la contemplación, que pide un alma muy pura, sin mancha de culpa ni pena.

Lo segundo es el desamparo, leija fuerte, que quita lo superfluo de las potencias espirituales y sensitivas; los cuales defectos, ahora sean naturales, ahora morales, no caben bien con lo más puro de la contemplación.

Lo tercero, es una refinación de todas las virtudes morales, las cuales en este crisol del desamparo suben de

punto y reciben fortaleza, vigor, valor y perseverancia, para que no falten en lo más laborioso de sus objetos.

Lo cuarto es que un hombre, desamparado en lo interior, se ve como obligado á ejercitar las virtudes exteriores, de barrer, fregar, leer, etc. Y aunque es verdad que lo más subido y sólido de la santidad consiste en las virtudes interiores de la fe, esperanza y caridad, pero no es hombre cabalmente espiritual si no ejercita las virtudes exteriores que edifican al prójimo.

Lo quinto es, que aquí se practica en la tribulación lo que se especuló bien en lo suave de la oración; con lo cual se hacen los varones espirituales unos capitanes veteranos y valientes, conociendo prácticamente su propia miseria y flaqueza, y experimentan la fortaleza de la gracia, sin la cual nada valen nuestras fuerzas naturales en estas materias.

Ultimamente, como la vida espiritual tiene dos partes, que son: lo suave de la oración y lo amargo de la mortificación, y cada parte de éstas tiene virtudes propias que no se ejercitan en la otra; y así como en la oración devota se ejercitan las virtudes

afectuosas, fáciles, tiernas y suaves, así en el desamparo se ejercitan las virtudes laboriosas, como son: paciencia, obediencia, penitencia, humildad, pobreza, magnanimidad y fortaleza de ánimo, sufriendo á menudo agravios, sinrazones, malas condiciones ajenas, melancolías propias, testimonios y desprecios; en las cuales virtudes se ejercita el alma como en palenque laborioso, sacando de tan penosas batallas mil victoriosas coronas.



CAPÍTULO X

AFORISMOS ACERCA DEL DESAMPARO Y DE LA PENITENCIA

1. Si no fuere un hombre tentado y atribulado,
No sabrá de la vida espiritual lo más sutil y delicado.
2. El desamparo es un crisol adonde se refina el corazón,
Para que se haga más capaz de toda perfección.
3. Dolores, achaques, muy grande tribulación,

Son á veces las disposiciones que preceden á la contemplación.

4. Sufrir quejas, agravios y sinrazón,

Es un atajo y muy seguro para la perfección.

5. En el desamparo, cuanto mayor fuere la divina ausencia,

Tanto suele ser después suave la divina presencia.

6. El alma desamparada, cuanto padeciere de violencia,

Tanto menos entonces le ayuda la corporal penitencia.

7. El penitente que se descuida en las mortificaciones,

Aunque tenga muerta la carne tiene vivas las pasiones.

8. Bien ayuda á la oración la penitencia corporal;

Pero mejor le ayuda la mortificación, que es penitencia espiritual.

9. Padecer por su culpa, es propio de ladrones;

Pero, padecer sin culpa, es propio de muy santos varones.

10. Si fuere uno perseguido y desamparado,

Será en la oración varón consumado.

11. Un varón penitente, bien puede ser incontinente;

Pero un varón desamparado no puede dejar de ser consolado.

12. La abnegación de la propia voluntad

Es señal muy cierta de una sólida santidad.

13. Los que en las penitencias corporales hacen su voluntad,

Fuera de vicios secretos, siempre descubren mucha vanidad.

14. Un penitente que no es obediente,

De la virtud y santidad tiene sólo lo aparente.

15. Las penitencias que se hacen por la propia voluntad,

Suelen criar en las almas una secreta vanidad.

16. Penitencias que se hacen con orden del Padre espiritual,

Fuera de limpiar las almas, conservan bien la oración mental.

17. Austeridad jactanciosa,
Se hace una vanidad ambiciosa.

18. Quien no quiere errar en la penitencia corporal,

Resignese en todo en las manos de su Padre espiritual.

19. Persuádase un hombre que sin la escoba de la penitencia

Raras veces está pura la conciencia.

20. Va mucho del decir al hacer,
Y mucho más va del hacer al padecer.

21. Con hacer muchos bienes, sin padecer muchos males,

No se hacen los hombres perfectamente espirituales.

22. La oración perseverante, que de ordinario se acompaña con sequedad,

Cría en las almas una sólida santidad.

23. Lágrimas, suavidad, ternura y devoción,

Si no se acompañan con penalidades, mal llevan á la perfección.

24. Lo muy regalado de la contemplación es muy sabroso;

Pero lo amargo del desamparo es muy provechoso.

CAPÍTULO XI

SECRETOS DEL DESAMPARO

Primera pregunta. ¿Qué diferencia hay entre obsesos y posesos?

Respuesta. Las almas obsesas, de ordinario viven en lo más amargo y